

A SALTO DE MATA · FASCÍCULO 8

HUMBERCITO EL HIPÓCRITA

Capítulo Octavo

Había una vez un salón recreativo en el barrio donde vivíamos casi toda la familia. ¿Recuerdan esos salones recreativos, uno mínimo en cada barrio? ¿Los rec-encuerdan, los ven? Con un par de docenas de máquinas, pinball, billar y un par de futbolines, de esos que un equipo siempre vestía de blanco y azul, y el otro del Barça o de allá Madrid, real y viva España, ¿recuerdan?

Seguro que los mayores de cuarenta, con o sin Alzheimer, sí que les viene a la cabeza —nunca mejor dicho. Pues quédense ahí, mis niños y niñas, porque hoy la película se rodó en ese tipo de localización. ¿Y saben qué? Ese mismo día me sucedieron dos cosas que me dieron unas vueltas de campana por la autopista de la vida, que dejaron a mis anteriores yoes en la camilla de autopsia de una morgue de E. A. Poe.

Les voy a contar —disculpen las molestias— solo una historia. La otra, que va de amores infinitos que acaban mucho antes de ser infinitos, se la contaré más adelante, porque seguramente necesitaremos tod@s un Almax. Pues ahí vamos con Humbercito el empollón freaky. “Humbercito el empo” lo llamábamos en la colla. Era un chavalín canijo, de facciones redondas, con sus gafas de culo de botella y su cordel de marras; es que no veía un pijo sin ellas. Y en esa época estábamos los de GUNS'&ROSES —Welcome to the

Jungle— o los de Hombre G, G de gilipollas, y no lo digo yo, lo cantaban ellos solitos. A mí los tipos me caían bien, no encima pero bien.

Bueno, corrijo. También estaban —como mi hermana mediana— las chicas finas, no pijas, chicas con gusto refinado aunque pocoailable, que les iba el gran Sananda Maitreya, más conocido por Terence Trent D'Arby, con su Delicate. Rico rico el tipo. A mí me molaba en secreto, como Prince y su álbum Glam Slam. Rico rico. Los bailaba en secreto imitando las cadencias serpentinas de Axl Rose, sobre todo cuando iba fumado. Me lo pasaba bravo.

Además... Carajo, que ya me voy por las ramas otra vez... ...Hay que dolor desde que se ha ido mi Pepe, el huerto no se ha regado, y yo por las ramas... ¡Perdón por tres! Un perdón hipócrita, pero... bueno, de hipocresía va hoy. De la hipocresía que no rebeldía de Humbercito el empo, como le gustaba que lo llamásemos: empo de empoderar, empo de emporium, empo de emplumado... Ahí carajo, que esto casa, pero a Humbercito le gustaban las plumas —no me malentiendan—, a mí también me gustaban las plumas de escribir, y a ambos nos engrandecía la literatura, el mundo de las aves —sobre todo de los pajarillos— y el Glam Rock de Marc Bolan y su T. Rex.

Grande, grande. Esto era un secreto que compartíamos Humbercito y yo, no más nadie más; no había más sillas en el club, no cabían tres. Humbercito era como una calcomanía de su padre. El padre, Federico Beigas Aruña, gallego en todas sus células —era biólogo—, y si lo recuerdo hoy diría que tenía un aire, mejor dicho un vendaval, a

Maturana, ¿saben?

Sí, una calcomanía de colores y sabores, una calcomanía comestible, que era lo que Humbercito quería descubrir y patentar para ensanchar la lista ya existente de guarradas y chuches varias. ¿Se rec-encuerdan del Cola Jet o del Peta Zeta? Humbercito siempre repetía las hipótesis de su padre, teorías y filosofificaciones, como decía él, mientras nos preparaba un bocata de pan Bimbo con Nocilla de tres colores. Otra guarrada.

Así que Humbercito era un filosofito que filosoficaba tal como lo hacía su padre.

— ¡Soy un hipócrita, no un rebelde! Me dijo un día mientras veíamos las diapositivas de unos pajarillos de Madagascar —o por ahí, no recuerdo bien—.

— ¿Hipócrita y no rebelde? —le pregunté extrañado—. No sé a qué carajo de vaina te refieres, Humbercito. Y fue ahí donde me transcribió la disertación filosidoficante de su padre, el buen hombre y mejor padre Federico, el filosoficador de la Península. Ahí vamos. Ya verán, no les dejaré de piedra —ya somos mayorcitos para eso— pero sí patidifusos. Eso es debido a la aburrida y machistika razón occidental.

Presten atención, o lo que quieran, pero presten mucha presencia. O presten ciencia. La verdad es tuya, la mía es mía, y como vamos contracorriente vamos dentro de la corriente, que es lo mismo pero

no la misma cosa.

— Mira, Tornillo...

—Tornillo era mi mote de colegas, ya que por aquel entonces me enrollaba como hoy me voy por las ramas, asiéndome como un tornillo del veintidós dando mis saltinos homínidos de rama en rama y de tema en tema. ¿Lo ven?— — Mira, Tornillo, mi padre es biólogo, escritor y un buen padre donde los haya. Algo que corroboro. Pues bien, él dice que no se puede ir contracorriente, ni ser un rebelde, y menos aún un loco, pero sí se puede ser un hipócrita. Mi padre dice, y yo digo lo que dice él.

— Mi padre es biólogo y yo seré biólogo. Mi padre es un buen padre, y yo... no sé, al menos lo intentaré hasta mi último suspiro, que ya es más de lo que muchos padres —y no padres— hacen a lo largo de su existencia.

— Mi padre dice que es un hipócrita, y punto y final continuo. Escribe libros, paga impuestos, da conferencias en universidades, pero no se fue al monte, ni nos llevó con él, y menos aún nos dejó colgados en su afán de ser libre —un libre de libro, hipócrita— o un libre pensador.

— Mi padre se quedó en la ciudad, en sociedad. Mira: yo o mi hermana Lea, pudiendo ir a otras escuelas, estamos en la que estamos. Fuimos al San Pere porque él y mi mamá se enamoraron del barrio a primera vista, y entre ellos —aunque tardaron más vistas—

se enamoraron también.

— Pero como dice mi padre —y yo lo digo también, no porque lo diga él, sino porque ya lo digo yo, por con-vencimiento—: es un hipócrita por la complicada razón de que, estando muy en contra de la educación y la socialización industrial de las escuelas, paga impuestos, da clases y conferencias, escribe libros, acepta al partido que gobierne —sean rosas o gaviotas—. Y eso es ser un hipócrita, pero también es conocerse a uno mismo y no ser un hipócrita consigo mismo. Un rebelde hipócrita, o un loco hipotético que lucha contra la corriente y se ahoga en el intento. Ya sabemos tú y yo de eso.

— ¿Recuerdas, Tornillo, cuando pasamos aquel verano juntos en tu pueblo y nos fuimos con tu vecino el Parkas a vender la barcaza que hacía su padre para los pescadores de ribera abajo? ¿Recuerdas cuando la presa rota nos engulló y acabamos rodeados de esos remolinos del Guadiana, río asesino por excelencia? Pues sí: toda rebeldía sin causa ni causalidad es absurda, como las manifestaciones por la paz o papeles para todos. ¿Qué paz ni qué hostias? ¿Papeles para todos? ¡Papeles para nadie, carallo, papeles los precisos, carallo y carallo! Humbercito el empo se puso serio y sacó su mejor arma: la palabra que crea o destruye.

Las tuyas hacían ambas cosas.

— El antisocial es un estúpido. El socialista es un estúpido. El pijo es un estúpido. Y el rockero es un estúpido.

— Pero Humbercito, nosotros...

— Sí, nosotros vamos de rockeros, pero escuchamos a Terence Trent D'Arby y a U2 en secreto, y luego vamos fardando de camiseta de Guns'&Roses o The Cult. ¿Cierto?

— Sí, cierto. —respondí cabizbajo y con careto de «jaque mate»—.

— Pues eso: somos hipócritas consumados. La mujer por seguirle el rollo al macho, el macho por ir de macho y de gorila jefe, nosotros por ir de lo que vamos siendo más de lo que somos y, en fin, no avanzando. ¿Pillas, Tornillo? Remató Humbercito dejando una tensión en el aire como los capítulos de las series televisivas que nos anuncian: seguirá la próxima semana.

Yo me quedé sin decir ni pío, embebido en mí mismo, tomando a sorbos las palabras de Humbercito el empo —las que había dicho su padre Humberto, el gran Humberto—. Piensen, ustedes. Teníamos dieciséis largos. No sabíamos mucho de la vida. Quería yo ser objetor de conciencia y frontman de una banda de rock, a lo Led Zeppelin. Humbercito, no: él quería y sabía lo que quería, ser biólogo. Yo creía saber lo que quería, pero me fui por las ramas de mi vida —que no la vida misma—, la mía misma, que yo mismo me había dado, y a hechos me remito.

¿Y ustedes? ¿A qué hechos se remiten? ¿Son rebeldes o hipócritas? ¿Van contra o en pos de la corriente? ¿Son locos o cuerdos? ¿Son pacientes como el ganado bovino o inquietos como la mosca de la

siesta? Respiren, fumen o beban. Que aquella lección de los Humbertos aún me acompaña en esta corriente continua del río de la vida, de la biología de la vida.

Humbercito es hoy biólogo. Y qué tipo de biólogo. No les cuento más, pero el tipo —aún mi amigo inseparable, ni aún nos separaron cuando en octavo de EGB seleccionaron las tres clases; a él lo trasladaron a la A, A de aristocrata, y a mí, que también era un empollón pero hijo de cocinero pelapatatas, como decía el profesor Mariñas, me dejaron en la C, C de capullo— hoy sigue en su corriente continua, en su presente continuo, en el verbo, en la palabra, en el lenguajearse con y con la vida, consigo y con todo ser vivo, con el rock, el jazz, la bossanova y el tofu. Con las sonrisas y las dolencias, con las inquietudes, los patinazos y las verdades a medias, las nuestras y las de todo ser vivo, porque vivimos y observamos, y no somos independientes ni de lo uno ni de lo otro. Somos en un continuo presente.

Somos HIPÓCRITAS, con consciencia de serlo o no. ¿Y ustedes? Ah, por cierto: Humbercito es un padrazo de tres mozalbetes que no se parecen a él en lo físico. Este capítulo está dedicado a todos los Humbertos y Humbercitos, gallegos o chilenos, argentinos o alemanes, rojos o amarillos, locos o cuerdos, y a los que están dentro, tod@s, y a los que creen estar fuera, ningun@.

¡Va por ell@s — Lejaim! Pd: Gracias por llegar hasta aquí, y recuerden que «Esto no es todo, amig@s» — aún hay más.
GRACIAS HUMBERCITINAS, GRACIAS DE VERDAD.

Antón K. — antonkaegikah.com